

LA TIERRA INVISIBLE

Hubert Mingarelli

Siruela Nuevos Tiempos



Hubert Mingarelli

La tierra invisible

Traducción del francés de
Laura Salas Rodríguez

 Siruela

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: diciembre de 2020

Título original: *La terre invisible*

En cubierta: fotografía de © iStock.com / Willowpix

© Libella, Paris, 2019

© De la traducción, Laura Salas Rodríguez

© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-18436-32-1

Conversión a formato digital: María Beloso

Alemania, julio de 1945

Llevaba casi dos semanas del tórrido mes de julio esperando en Dinslaken, al borde del Rin; no conseguía marcharme. No obstante, me parecía haberlo fotografiado todo. El sol era blanco todos los días, y las noches no traían ningún frescor. Se asfixiaba uno de día y de noche. No sabía por qué seguía allí, la mayor parte del tiempo en el hotel, a riesgo de quedarme pronto sin dinero. Por la mañana bajaba a ver el río, y por la noche iba a sentarme en el banco de la Dürenstrasse. Cerraba los ojos y esperaba a que hiciese un poco menos de calor para regresar.

Oí pasos; surgió de detrás del banco, como un fantasma, con una caja de cervezas. Se quedó un momento sentado a mi lado; luego bebimos, hablamos y volvió a levantarse. Tenía las piernas separadas y la boca abierta de par en par, como si estuviese comiendo aire. Escribía para un periódico holandés. Tras de él, el sol caía sobre una montaña de ladrillos rojos que alguien, a trozos, había empezado a seleccionar y apilar. Me preguntó: «¿Y tú?». Saqué la cámara del bolsillo y dijo: «Vale». El sol me cegaba y él hacía bailar las piernas. A saber dónde había encontrado tantas cervezas. Exclamó: «Yo ya no tengo nada más que decir. Lo que estoy viendo ya lo he visto. Estoy hasta el gorro. Mañana me voy». Vino a sentarse a mi lado.

Olía a sudor y a cerveza. Una hora antes no lo conocía. Mirábamos cómo caía el sol sobre el río, invisible desde donde estábamos, y, cuando desapareció, el cielo se oscureció por completo. Se oían ruidos, pero no se sabía de dónde venían. A lo lejos, un motor no acababa de arrancar. Cerré los ojos un momento y, cuando volví a abrirlos, ya no estaba allí. Una mujer con botas de soldado pasó ante mí empujando una carreta vacía; llevaba un vestido de un blanco inmaculado; la rueda chirriaba. Una estrella se encendió, a lo lejos el motor consiguió arrancar por fin. Dos cervezas y todo se llenaba de misterio.

La mujer con las botas de soldado estaba al final de la calle, sentada sobre la carreta, en la oscuridad. Estaba hablando consigo misma y no me vio pasar. A lo largo de las calles oscuras, estuve pensando en ella y, en un momento, aún bajo el efecto de la cerveza, me dieron ganas de volver para fotografiar lo que se decía. Luego vi de lejos las ventanas del hotel aún iluminadas y la bandera británica suspendida en el primer piso: parecía una sábana grande puesta a secar. El centinela apoyado en la entrada me hizo un gesto, yo le respondí «Buenas noches» y él sacudió la cabeza, como respondiendo a una broma. Subí los pisos y, una vez en la habitación, golpeé en la pared para avisar al coronel Collins de que había vuelto y de que me acostaba.

No tuve que esperar mucho; entró, con los tirantes colgando sobre las caderas; sudaba mucho y en la penumbra me resultó impresionante. Pero a pleno día tenía un aire bastante dulce y contemplaba pensativo las cosas y a las personas. A la espera de volver a su casa, al país de Gales, administraba la ciudad con sus oficiales desde el gimnasio municipal, el único lugar lo bastante amplio que se tenía aún en pie. Yo lo venía siguiendo con su regimiento de ingenieros desde la frontera francesa hasta Baviera y, desde que estábamos en Dinslaken, venía casi cada noche. Era aficionado a la fotografía. Hablábamos de ella y, a veces, de los puentes que construía antes de la guerra.

Cogió una silla, se sentó y colocó un plato de cerezas sobre la cama. Dijo: «Aquí todo pasa por mis manos, hasta las cerezas». Empezamos a comérmolas. Nunca había visto fotos mías, pero conocía los periódicos para los que trabajaba. Yo tampoco había visto nunca las suyas. Se levantó, fue a tirar los huesos de cereza por la ventana y se quedó allí, con la mirada perdida en la noche.

Le hablé de la mujer con la carreta, le conté que me habían dado ganas de fotografiar lo que se decía, pero sin precisarle que yo había bebido dos cervezas. Se giró, tendió una mano hacia mí y, con el negro del cielo tras él, intentó decirme algo. No lo consiguió, así que se inclinó por la ventana y se dirigió al centinela de la entrada: «¿Cómo va la cosa por abajo? ¿De dónde eres, muchacho?». No oí la respuesta. Después miró el reloj y lanzó: «Una hora más. Resiste». Y, siguiendo el impulso, añadió algo que todos sus hombres habían oído al menos una vez y tomaban sin duda por una broma: «Ama a Dios, hijo, y todo pasará más rápido». Se giró de nuevo hacia mí y sacudió la cabeza con aire divertido: «A mí nunca se me ha ocurrido fotografiar todo lo que vienen a contarme al gimnasio». Volvió a sentarse y cogió más cerezas. Ahora arrojaba los huesos por la ventana desde donde estaba sentado. Dijo: «Todos tienen algo que pedir. Pero yo les doy a entender que hay un momento para callarse. Cuando se lamentan para engatusarme, me da miedo dejarme llevar». No acertó con la ventana, se levantó, encontró el hueso, lo tiró fuera y se quedó allí, ante la noche que un avión surcaba. Dijo: «Hoy han venido a pedirme zapatos. Yo les he preguntado: “Pero ¿qué os creéis, que he puesto una tienda?”. Me he echado a reír y les he dicho que se fueran, y se marcharon. Luego les dije: “No, volved, ya me acuerdo de dónde hay, pero coged un camión”. Les enseñé en el mapa dónde podían encontrar

montañas de esta altura». En ese momento, desapareció el avión. Collins permaneció un largo momento ante la ventana, sin moverse, y luego esbozó una sonrisa falsa. Volvió a sentarse, cogió más cerezas y lanzó los huesos a la noche, fingiendo divertirse, creyendo que me ocultaba el odio ardiente que sentía hacia los alemanes, un odio mayor que el de sus hombres, que por su parte habían conseguido aliviarlo un poco matando a gran número de ellos, aun cuando se rendían. Y yo había fotografiado a gran número de ellos también, en la posición grotesca o humana en la que los había sorprendido la muerte.

Aquella noche no hablamos de fotografía, sino de los hombres que comenzaban a volver a casa, recordando nombres y caras. Esbozamos la misma sonrisa vagamente triste al recordar a McFee, su chófer; después se marchó, dejándome las últimas cerezas, y, durante largo rato, lo escuché caminar por la habitación de una pared a la otra, infinitamente solo.

Yo tampoco me dormía. Escuché el relevo de los centinelas que charlaban en voz baja ante la puerta y, cuando me levanté y me acerqué a la ventana, me hicieron señas. Yo les correspondí y miré hacia el río, tan oscuro desde allí que parecía flotar entre la tierra y el cielo, como ya había visto flotar el azul de un lago. Aquel día íbamos a paso de tortuga, el convoy se estiraba desde hacía horas y de repente McFee, el chófer, se puso a dar golpes sobre el volante y a pitarle al camión de delante como si tuviese la culpa de algo. Collins, sentado a su lado, sin maldad:

—¿Qué te pasa, muchacho?, ¿tienes prisa?

—Perdón, mi coronel, es la costumbre —respondió McFee negando con la cabeza.

Yo iba sentado detrás de Collins y vimos cómo se acercaba a cámara lenta un lago de un azul intenso, y en la orilla yacían dos alemanes, de espaldas, uno junto a otro, con las chaquetas del uniforme medio levantadas, dejando la barriga al descubierto, y tras ellos el lago, tan intensamente azul y sereno que no parecía formar parte ni del cielo ni de la tierra. Collins y McFee no prestaron atención a los dos alemanes. En el camión de delante los hombres jugaban a las cartas sobre un bidón de gasolina; acabamos de rodear el lago, cruzamos un puente sobre el Weser y nos internamos en un llano interminable. El día tocaba a su fin, oíamos a lo lejos los estruendos de la

guerra, y el horizonte se iluminaba de olas color naranja como una mañana.

Esa misma noche, me senté bajo el alero de una casa a escuchar el rumor del campamento al instalarse y los camiones al ralentí para proporcionar electricidad. Veía a los hombres de Collins que iban y venían, y oía hablar alemán en voz baja por una ventana oscura. Veía que sobre las ventanas caían banderas blancas. Al cruzar la calle, una niñita se acercó llevando un casco con precaución, como si llevase una cacerola de agua hirviendo, y se sentó a mi lado; en el fondo del casco había un ratón sobre paja. Le hice señas a la niña para que dejase el casco, coloqué un carrete, me incliné y saqué varias fotos. Más tarde, durante mucho tiempo, pensaría en Mac Graw, que me revelaba las fotos en el periódico, al descubrir en el mismo carrete el ratón en el fondo del casco y las del día siguiente casi a la misma hora.

Salimos de nuevo al alba y fue un bonito día de primavera; hasta la noche no vimos ningún soldado alemán, pero sí a muchos civiles a lo largo de la carretera; mientras avanzábamos lentamente McFee levantaba una mano del volante y les hacía gestos solemnes, imitando la mano de Jorge VI; a veces alguien le respondía con seriedad, McFee resoplaba de risa y Collins se contenía, pero sacudía la cabeza, y así condujimos hasta la noche, sin el menor disparo y enlentecidos porque los camiones a la cabeza iban empujando coches hacia las zanjas.

Me hallaba junto a Collins cuando nos internamos en el campo. Al verme vacilar y no tocar para nada la cámara, me preguntó con la mirada por qué; mientras, sus hombres